

—Toma, vas á escribir.

—¿A quién?

—A él.... Siéntate.

Y como se apartase instintivamente de la silla, sin saber aún qué iba á exigir de ella Roubaud, cogióla éste por un brazo y la obligó á sentarse.

—Escribe..... «Salga Ud. esta tarde en el exprés de las seis y treinta, y no se haga presente hasta Rouen.»

Severina tenía la pluma en la convulsa mano y el terror á lo desconocido crecía en ella por momentos; á lo desconocido que ofrecían ante su imaginación estos dos sencillos renglones. Atrevióse, no obstante, á levantar la cabeza en ademán de súplica.

—¿Qué vas á hacer?..... Por Dios te pido que me lo digas.....

Roubaud repitió con voz inexorable:

—Escribe, escribe.

Luego, fijos sus ojos en los de Severina, sin cólera, sin palabrotas, pero también con cierta obstinación, bajo cuyo peso sentíase ella oprimida, dijo:

—Lo que voy á hacer..... ya lo verás..... Y óyeme, lo que voy á hacer, quiero que tú lo hagas conmigo..... Así permaneceremos juntos y habrá algo sólido entre nosotros.

Espantábanla estas palabras y retrocedió aún.

—No, no, quiero saber..... No esperes que escriba sin saber de qué se trata.

Entonces, sin hablar, cogióla Roubaud una mano y se la estrechó fuertemente, como queriendo infundirle en la carne su voluntad por medio del dolor. Severina lanzó un grito; su sér se descomponía, se entregaba por completo. A pesar de seguir en la misma ignorancia, su dulzura pasiva no podía negarse á obedecer. Instrumento de amor, instrumento de muerte.

—Escribe, escribe.

Y escribió penosamente, con la dolorida manezuela de niña.

—Perfectamente, te portas bien—dijo Roubaud así que tuvo la carta.—Ahora arregla un poco esto, prepáralo todo, que volveré á buscarte.

Estaba tranquilo. Rehizo el nudo de su corbata delante del espejo, púsose el sombrero y se marchó. Severina oyó que cerraba la puerta y se llevaba la llave. La noche se extendía cada vez más. Aquella mujer permaneció un instante sentada, con el oído atento á todos los ruidos del exterior. En casa de la vecina, la vendedora de periódicos, producíase un lamento sordo y continuo: sin duda algún perrillo olvidado allí. Abajo, en el cuarto de las de Dauvergne, habíase callado el piano. Ahora se oía un alegre alboroto de cacerolas y vajilla. Las dos mujeres estaban ocupadas en la cocina; Clara cuidando un guisado de carnero, y Sofía aderezando una ensalada. Y Severina, anonadada, escuchábalas reír, en medio de la espantosa agonía de aquella noche que iba invadiendo los espacios.

30859

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO RIVERA"
Año. 1625 MONTERREY, MEXIC.

A las seis y cuarto la máquina del exprés del Havre salió preparada del puente de Europa con dirección á su tren. Por causa de una obstrucción no había podido colocarse este tren bajo la marquesina de las grandes líneas y esperaba al aire libre, entre las tinieblas, donde la fila de algunos mecheros de gas á lo largo de la acera remedaban mortecinas estrellas. Acababa de cesar la lluvia, dejando en pos de sí un ambiente de glacial humedad esparcido por aquel vasto espacio descubierto, que la niebla limitaba en los pálidos fulgores de las fachadas de la calle de Roma. Aquel lugar ofrecíase inmenso y triste, anegado en agua, salpicado acá y allá de un fuego sanguinolento, confusamente poblado de masas opacas las máquinas y los vagones solitarios, trozos de tren dormidos sobre la vía de reserva; y del fondo de aquel lago de sombra surgían ruidos, respiraciones gigantescas, jadeantes de fiebre, silbidos semejantes á los agudos gritos de mujeres á quienes se viola, lejanos toques de bocina, lamentos en medio del bullicio de las calles vecinas.

Diéronse órdenes en voz alta para que añadiesen un coche. Inmóvil, la máquina del exprés perdía por una válvula un gran chorro de vapor, que subía en medio del negro fondo del espacio, donde se bifurcaba en tenues hilos de humo, sembrando de blancas lágrimas el sudario sin fin tendido en el cielo.

A las seis y veinte aparecieron Roubaud y Severina. Ella acababa de dar la llave á la señora

Victoria, al pasar por delante de los retretes, cerca de las salas de espera, y Roubaud la empujaba, con el aspecto de un marido que tiene prisa y á quien la mujer retrasa; él impaciente y brusco, con el sombrero atrás; Severina, con su velo pegado al rostro, jadeante y como traspasada de fatiga. Una oleada de viajeros seguía por el andén adelante y el matrimonio atravesó por entre la multitud buscando con la mirada un departamento de primera vacío. La acera se animaba por momentos, los mozos arrastraban hacia el furgón de cabecera los carretones de equipajes, un vigilante se encargaba de colocar á una familia muy numerosa, y el subjefe de servicio dirigía un vistazo á los enganches de los coches con su linterna en la mano, para ver si estaban bien unidos. Roubaud había encontrado al fin un departamento vacío, en el cual iba á hacer que subiese Severina, cuando fué observado por el jefe de estación, Sr. Vendorpe, que estaba paseándose, acompañado de su jefe adjunto de las grandes líneas, señor Dauvergne, ambos con las manos atrás, mirando la maniobra del coche que añadían. Cruzáronse saludos y fué preciso detenerse y hablar.

Al principio hablaron de la cuestión del subprefecto, que había terminado á satisfacción de todo el mundo. Enseguida se trató de un accidente ocurrido por la mañana en el Havre y que el telégrafo había transmitido: una máquina, la Lison, que el jueves y el sábado hacía el servicio del exprés de las seis y treinta, había sufrido la

rotura de la biela, precisamente al entrar en la estación, y la compostura debía tener paralizado allí durante dos horas al maquinista, Santiago Lantier, un paisano de Roubaud, y á su fogonero, Pecuquex, el marido de la señora Victoria.

En pie, delante de la portezuela del departamento, aguardaba Severina, mientras que su marido afectaba en presencia de aquellos señores una gran tranquilidad de ánimo, levantando la voz y riéndose. Pero hubo un choque y el tren retrocedió algunos pasos; era la máquina que empujaba los primeros vagones sobre el que acababan de traer, el 293, para tener un reservado. Y el hijo de Dauvergne, Enrique, que acompañaba el tren en calidad de conductor jefe, habiendo reconocido á Severina al través de su velo, la libró de sufrir el golpe que la habría dado la portezuela abierta si no la hubiese apartado rápidamente; después, sonriente, muy amable, explicóle que el reservado era para uno de los administradores de la Compañía, que acababa de pedirlo media hora antes de salir el tren. Una sonrisa nerviosa, sin motivo, apareció en los labios de Severina, y Enrique se separó de ella encantado, pues no era la primera vez que pensaba que aquella mujer sería una querida excelente.

El reloj marcaba las seis y veinte y siete. Faltaban todavía tres minutos. De pronto Roubaud, que acechaba de lejos las puertas de las salas de espera mientras hablaba con el jefe de estación, se despidió de él para reunirse á Severina. Pero

el vagón no permanecía en su primer sitio y tuvieron que andar algunos pasos para encontrar el departamento vacío. Volviendo la espalda, empujó á su mujer, obligándola á subir, mientras que ella, en su ansiosa docilidad, miraba atrás instintivamente, llena de curiosidad. Llegaba un viajero rezagado, sin más que una manta en la mano, con el cuello de su ancho paletot subido y el ala del redondo sombrero tan echada á la cara sobre las cejas, que no se distinguía de su semblante, á la tenue luz del gas, más que un poco de barba blanca. A pesar del manifiesto deseo que el viajero tenía de no ser visto, Vandorpe y Dauvergne se habían adelantado hacia él. Le siguieron y no les saludó hasta cuatro vagones más allá, junto al reservado, donde se metió á toda prisa. Era él. Severina, temblorosa, se dejó caer sobre el asiento. Su marido la deshacía el brazo de un apretón como una última toma de posesión, radiante de alegría, ahora que se hallaba seguro de dar el golpe.

Dentro de un minuto daría la media. Un vendedor se obstinaba en ofrecer los periódicos de la tarde, y algunos viajeros se paseaban todavía por el andén, apurando un cigarrillo. Al fin subieron todos; oíase venir, de ambos lados del tren, á un vigilante que iba cerrando las portezuelas. Y Roubaud, que había tenido la desagradable sorpresa de ver en aquel departamento que creía vacío, una sombra que ocupaba un rincón, una mujer de luto, al parecer muda, inmóvil, no pudo contener una exclamación de cólera, cuan-

do se abrió la portezuela y un vigilante colocó á una pareja, un hombre y una mujer, muy gruesos, que se colaron de rondón. Iban á echar á andar. La lluvia había comenzado de nuevo á caer en menudas gotas, anegando el vasto campo tenebroso, que sin cesar atravesaban los trenes, cuyos vidrios alumbrados era lo único que se distinguía: una fila de movibles ventanitas. Algunos faroles verdes se habían encendido y varias linternas andaban de acá para allá rascando con el suelo. Y nada más, nada más que una inmensa oscuridad donde se mostraban solas las marquesinas de las grandes líneas, pálidamente alumbradas por un débil reflejo de gas.

Todo se había cubierto de sombras, hasta los ruidos enronquecían; no existía más que el trueno de la máquina, abriendo sus purgadores y arrojando chorros de vapor blanquecino. Inmensos nubarrones ascendían por el espacio, extendiéndose como un negro sudario, entre los cuales pasaban grandes humaredas venidas no se sabe de dónde. Cubrióse aún más el cielo, y una nube de hollín voló con dirección al París nocturno incendiado en sus luces.

Entonces el jefe de servicio levantó la linterna para que el mecánico pidiese vía. Sintieron dos silbidos, y allá abajo, cerca del puesto del guarda-aguja, desapareció la señal roja, siendo reemplazada por una luz blanca. De pie á la puerta del furgón, el conductor jefe aguardaba la orden de marcha, que al cabo transmitió. El maquinista silbó de nuevo y abrió el

regulador. Se marchaba. En un principio, el movimiento era insensible, luego comenzó el tren á rodar. Dirigióse hacia el puente de Europa y se sumergió en el túnel de Batignolles. Sólo se veía de él, sangrando como heridas abiertas, las tres luces posteriores, el triángulo rojo. Todavía pudo seguirse algunos segundos entre las tinieblas de la noche. Después huía sin que nada pudiese detenerlo, aquel tren lanzado á todo vapor. Había desaparecido.

II

En la Croix-de-Maufras, en un jardín, cortado por el camino de hierro, está colocada la casa, tan cerca de la vía, que todos los trenes que pasan la conmueven. Basta un viaje para que se quede grabada en la memoria; todas las personas que han desfilado por allí, saben que está en aquel lugar, aunque nada conozcan de ella; siempre cerrada, dejada como en abandono, con sus ventanas grises, reverdecidas por los charrones del Oeste. Aquello es un desierto; la casa parece aumentar más la soledad de aquel perdido rincón, separado de toda alma viviente, en una legua á la redonda.

Sola, la casa del guarda-aguja permanece allí, en un extremo del camino que atraviesa la vía y llega hasta Doinville, distante cinco kilóme-